





# MÁS ALLÁ DEL HANPA



Abel Angulo

# MÁS ALLÁ DEL HAMPA



Primera edición: mayo 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Abel Angulo

ISBN: 978-84-17784-78-2

ISBN digital: 978-84-17784-79-9

Depósito legal: M-17738-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A el Ñekes.  
Y a el Rubín.  
Que hace muchos años que se fueron.*



## Índice

1. La nueva banda .....	11
2. Muerte en los Navigli.....	31
3. El equipo 5235 .....	51
4. El sol del mezzogiorno .....	77
5. Vita violenta.....	101
6. Viejas compañías.....	125
7. Las estrellas del lago di Como .....	151
8. Un asunto de honor .....	177
9. La faida.....	201
10. Una bala perdida.....	221
11. Sueños rotos.....	245
12. Caballos de Troya .....	271
13. El retorno.....	291



## 1. La nueva banda

Eran demasiado jóvenes, vivían demasiado rápido. Soñaban con ser hombres de honor y que nadie les levantara la voz en un mundo efímero y engañoso. En una noche oscura en la que no había ninguna estrella que señalase el norte y una vida solo era el destello pasajero de una estrella fugaz.

Finales de invierno de 1984

Una tarde de lluvia. Cielo gris en el *rione* Sanità, barrio deprimido de Nápoles.

Calles grises mojadas con lúgubres edificios desconchados, algún montón de basura sobre el arcén. La lluvia —cloc, cloc— golpeando la chapa, descolorida por el tiempo, de los coches viejos aparcados caóticamente en estrechos callejones. Un viejo Fiat, con luces encendidas y gente oscura dentro, cruza una calleja a poca velocidad.

Sábanas blancas y ropa mojada cuelga de tendedores entre las fachadas de un callejón largo y sombrío.

Cerca de allí, una vieja fábrica abandonada. Sus muros exteriores todavía en pie, pero con rastros del paso del tiempo, forman parte del paisaje urbano. Un paisaje gris como la lluvia que cae.

En el interior ruinoso, cinco jóvenes rondando los quince años están sentados en círculo.

Cinco siluetas tempranas de chicos duros, delgados, ojos oscuros, claros, narices aguileñas, rectas, vello negro sobre labios tersos. Tatuajes en alguna mano, tres puntos en el dorso o una letra en cada dedo formando un nombre.

Un chico de pelo rubio y largo está hablando, los otros callan.

—Aquí unidos cumplimos el rito que da vida a esta secreta y honorable sociedad.

La estancia tiene un gran boquete en la pared por donde se accede y entra una tenue luz. Fuera se ve el viejo solar inundado de hierbajos. La lluvia se escucha, un repiqueteo manso pero continuo; huele a humedad.

Los chicos están sentados en cajas de madera, en medio del círculo cinco velas encendidas iluminan sus rostros, formando detrás sombras alargadas que invaden la estancia.

En un rincón tres botellas de cerveza de litro y un paquete de tabaco sobre el suelo. En otro rincón cae una gotera que se escapa de un techo resquebrajado, viejo hormigón con hierros cruzados oxidados por el paso de los años. La gotera forma un pequeño charco, y el clic-clic de las gotas al caer parecen armonizar la ceremonia.

Una navaja abierta sobre un plato metálico y una estampa de san Genaro en el centro del círculo que forman las velas. Junto a cada vela un papel con un nombre escrito y una bala de nueve milímetros sin percutir.

—Que cada uno coja el papel con su nombre.

Todos cogen el suyo.

—Juramos, en presencia de san Genaro, morir en esta vida para volver a nacer dentro de la honorable sociedad —breve pausa—. Jurando guardar sus leyes y seguir el camino del antiguo caballero Garcagnosso.

Todos:

—¡Juramos!

Se ven caer las gotas de lluvia ladeadas por el boquete de la pared.

—Formamos una cadena indisoluble de valor y lealtad entre los miembros, guardando el secreto en sagrada omertá.

—¡Formamos!

Las llamas de las velas zigzaguean mientras algún goterón de cera se desliza.

—Si faltamos al juramento, reservamos una bala con nuestro nombre. Es más horrible el deshonor que la muerte.

—¡Honor! —todos al unísono y cada uno coge su bala guardándola en el bolsillo.

Todos se santiguan y cada uno coge una vela y prende fuego al trozo de papel con su nombre. El papel se retuerce ennegrecido y en breves segundos solo quedan pequeñas cenizas en el suelo.

La lluvia sigue cayendo, parece que se intensifica. La viga ruिनosa sufre las inclemencias del tiempo. La luz de las velas no logra templar la humedad de la estancia, pero sí la sangre del grupo de chicos.

Angelo, el chico rubio, coge la navaja, pasa la hoja por la llama y se pincha el dedo índice con decisión. Una gota de sangre corre por su mano. Giovanni, moreno, nariz aguileña, ojos rojizos por el destello de las velas, pincha con suavidad; de su índice brota una brillante mancha roja. Pasa la navaja a un chico alto y delgado, pelo negro rizado: Paulo pincha sin pensarlo y su sangre oscura brota. Tin Tan, el más bajo de todos, pelo corto, ojos claros, raspa su yema con rapidez. Bruno, alto, bien parecido, ojos claros, coge la navaja y hace lo mismo.

Todos juntan sus manos, entrecruzan los dedos sujetando la estampa de san Genaro impregnada de sangre. El chico rubio prende fuego a la estampa y, mientras arde con rapidez formando cenizas sobre los dedos, los chicos nacen de nuevo.

Milán 2015

Una mañana de septiembre, fresca, cielo azulado. La ciudad despierta. La gente ya transita por la galería Vittorio Emanuele. Gente madura, elegante, chicos y chicas con vaqueros ajustados, cortos o largos, zapatos de tacón alto o zapatillas playeras.

Dos coches de la Policía di Stato están aparcados cerca de la entrada de la galería, varios agentes reunidos en la entrada del Duomo custodian la vieja osamenta pétrea, vestigios de la gloria de Dios en Europa.

Un grupo de turistas —parecen chinos por sus rasgos y su forma de estar, todos en grupo cerrado pero cada uno disparando fotos por razón de parentesco o amistad— ya se encuentran haciendo cola para entrar en la catedral.

No muy lejos de allí los engranajes de la ciudad ya están en movimiento. Gente con prisa andando en paralelo, gente cruzando en perpendicular. Unos hablando con el móvil, mandando mensajes o jugando con él. Otros llevan cascos en los oídos.

Coches frenando y otros acelerando con rapidez.

Una boca de metro, todos corriendo escaleras abajo hacia el hormiguero subterráneo.

En un callejón cercano a la entrada del metro, un hombre yace tumbado boca abajo, parece vestir ropa elegante, un traje oscuro y zapatos negros. Un hombre de edad mediana, que se dirige al metro, lo observa por un instante sin parar, antes de bajar las escaleras. Otro chico joven, mochila a la espalda, cascos en los oídos, pasa sin advertir la presencia, ni el callejón siquiera. El hombre sigue tumbado en el suelo. Una chica joven, guapa, tacones altos y minifalda, luciendo tatuaje en el muslo, cruza por un momento la mirada sobre el hombre tumbado para volver a mirar al frente impassible.

Una hora más tarde seis coches de policía y alguno más camuflado acordonan la zona. Otra sirena se escucha y se distinguen los destellos azules en la distancia.

Muchos transeúntes se han agolpado sobre el borde del precinto policial, mirando, cuchicheando, barajando qué es lo que pasa. Mucha..., poca sangre, un hombre, una mujer... No, es un hombre. Gordo, flaco..., joven, viejo..., un infarto, un accidente. Un crimen...

Giuliano, ojos oscuros, pelo canoso, nariz muy recta, se acerca a la cincuentena y las arrugas ya empiezan a asomar en la frente. Aunque todavía conserva una buena presencia. Se peina el pelo hacia atrás como los policías de las viejas películas en blanco y negro americanas.

—Debe llevar aquí desde anoche, el cadáver estaba frío y había ya sangre coagulada.

—Nos lo confirmarán los forenses, parece llevar dos disparos —dice Bonetti, treinta y cuatro, alto y moreno, bien parecido. Viste y luce a lo moderno, *piercings* en las orejas incluidos. Es policía secreta y el compañero de Giuliano.

—Sí, dos disparos; uno en el vientre y otro en la cabeza para rematar. Parece una ejecución —observa Giuliano.

—Le robaron la identificación, aunque lleva dinero y un reloj bastante caro —examina Bonetti.

—¿Han interrogado a los vecinos de la calle?, ¿alguien vio o escuchó algo?

—Afirmativo, una patrulla ha estado en ello; pero por lo que se ve nadie vio nada. Un vecino dice que escuchó unos petardos por la noche y él es el que nos avisó por la mañana, cuando se encontró con el cuerpo al salir de casa —contesta Bonetti.

—¿Dónde está el vecino?

—Es aquel que está hablando con los agentes uniformados.

Los dos policías se dirigen hacia donde se encuentra el vecino, un hombre de pelo canoso, cerca de sesenta años, ropa informal.

—Buenos días —saluda Giuliano. También Bonetti saluda—. Quisiéramos hacerle unas preguntas —continúa Giuliano a la vez que saca un bolígrafo y una agenda de bolsillo.

—Será solo un momento —lo tranquiliza Bonetti con una sonrisa, el hombre parece estar nervioso.

—¿Dónde vive usted? —pregunta Giuliano.

—En este bloque de aquí al lado, en el segundo piso —contesta el hombre señalando la ventana.

—¿Vio algo anoche fuera de lo habitual o escuchó algo? —indaga Bonetti esta vez.

—No, solo me pareció oír como unos petardos sobre las cuatro de la mañana.

Giuliano observa al vecino, pelo y ojos color ceniza y dientes de conejo, aspecto delgado. «Este hombre es de los que padecen insomnio», piensa Giuliano.

—¿A qué hora salió usted de su casa esta mañana? —continúa Bonetti.

—A las siete y media, al salir del portal encontré el cuerpo unos metros más allá en el suelo —deja de hablar pero sus dientes de conejo siguen asomándose bajo el labio superior, en exceso grande.

—¿Había visto antes al muerto por esta calle o esta zona?

—No, nunca había visto al muerto —le responde a Giuliano.

Los dos policías se despiden y vuelven donde está el cadáver.

—Tenemos que identificar el cadáver —observa Giuliano.

—Afirmativo. Volvamos a la oficina ahora a rellenar el papeleo —después Bonetti se dirige a varios uniformados gesticulando y dando instrucciones.

Giuliano se ha entretenido un momento, observa el cadáver: los ojos medio abiertos, una antigua cicatriz en el cuello. Su boca entreabierta deja un reguero de sangre. Parece que la boca riera, aunque sus ojos abiertos solo reflejan sorpresa y vacío. Giuliano ha visto cadáveres en su vida y todos muestran de alguna manera, en el rostro, una soledad fría, amoral. Este lleva la cara ladeada, la sien deformada por el impacto del proyectil y mucha sangre debajo del rostro y del cuerpo, algunos regueros ya secos. La mano izquierda abierta y un trazo de sangre dejado por los dedos en el asfalto. Un pie de lado y el otro torcido. Giuliano sube la mirada y se dirige al coche en silencio.

En la comisaría central, una sala con mesas y ordenadores, Bonetti está sentado en una silla rellenando en el ordenador las pesquisas ocurridas a primeras horas de la mañana.

El día, la hora, minuto y segundos. Lugar..., situación, código. Bonetti deja de teclear un momento para beber un trago de agua del botellín de medio litro que tiene encima de la mesa, al lado la fotografía de sus hijos en un parque. Antes también tenía la fotografía de su mujer, pero hace un año que se separaron.

Sigue tecleando.

«Posición en la que se encontraba el cadáver. Clic, clic. Tumbado. ¿Hacia arriba?, clic, clic. Negativo. ¿Hacia abajo?, clic, clic. Afirmativo. ¿Parecía que sufriera alguna enfermedad? —Bonetti se queda pensando un momento— clic, clic. Negativo».

«Antes la policía pasaba más tiempo en las calles, ahora todo es burocracia», eso piensa Giuliano. No soporta el trabajo de ordenador, así que ha dejado esa tarea a su compañero y se ha ido a tomar un café a la cafetería de la comisaría.

Bonetti y él llevan solo unos meses de compañeros. Los de la vieja guardia se retiraron y vienen nuevas hornadas de policías, fabricados como latas de conservas en academias modernas. Con nuevos métodos, expertos en informática, asistencia social y derechos de los detenidos.

Giuliano se siente obsoleto en estos nuevos tiempos y cansado, muy cansado, de la vida en general. Va tirando con pequeños dulces momentos y el café de la mañana es uno de ellos, caféina para engañar la rutina.

Se ha sentado con el café en una mesa al fondo de la cafetería, al lado de una ventana. En otras mesas, otros policías remojan la bollería en el café, charlando del partido de fútbol de la noche anterior, tal o cual programa de televisión...

Entra en la sala la agente Laura Conti. Va a sacarse un café. Giuliano se deja a la inercia de sus ojos, Laura viste minifalda vaquera, unas piernas morenas, ágiles y seguras, pisando fuerte a sabiendas de que todos los policías varones de la sala han dejado el café apartado por un momento.

Pelo largo y moreno, labios pintados de rojo intenso. No mira a nadie aunque su mirada no baja al suelo en ningún momento.

Se le ha caído un sobre de azúcar al suelo y se agacha para recogerlo. La minifalda se hace más corta y su boca esboza una sonrisa, a sus treinta y pocos años es el sueño de muchos policías varones. Algunos lo intentaron y se les cerró la puerta en las narices, aunque también algún rumor suena de que un joven policía, bien parecido, de las nuevas incorporaciones, tuvo su momento de gloria.

Giuliano no es inmune a las piernas largas y a las medias sonrisas, aunque su vida emocional hace tiempo que es una página en blanco; desde que Isabella se fue solo ha habido consuelos temporales, poco más de una noche.

Paula Conti ya se ha marchado; Giuliano bebe un sorbo de café y gira la cabeza hacia la ventana. El cielo es azul y no se ve ninguna nube, solo una estela dejada por algún avión volando alto. Una estela recta que se va desvaneciendo igual que la sombra dejada por Isabella. Se pone a pensar en ella, Isabella era alta y delgada, no era una mujer deslumbrante; pero sí muy elegante en su forma de estar y de vestir. Su pelo corto, muy negro y esos ojos oscuros tan melancólicos que a veces dejaban un poso triste en su mirada, después su sonrisa desdibujaba, esa melancolía dándole una alegría serena y dulce.

Era una chica inteligente, mucho. Giuliano tuvo la oportunidad de aprender mucho de ella. Se habían conocido por casualidad en una gasolinera a las afueras de la ciudad. Una cruz en el camino disfrazada de casualidad que el destino cultiva y de las que nadie se puede evadir.

Giuliano, que andaba por allí repostando, le ayudó a cambiar una rueda que su coche llevaba pinchada. Una chica con un gato elevador en la mano dudando dónde colocarlo.

Él se había ofrecido a ayudarla y ella, con una sonrisa y un gracias, había aceptado.

Un café de agradecimiento en el bar de la gasolinera y otro encuentro casual un mes más tarde en el centro de la ciudad habían dado pie a una tercera cita en la que empezaron a salir, de eso ya hacía cuatro años.

Giuliano toma otro trago de café y el aroma amargo traslada su recuerdo a otro lugar y otros tiempos.

Isabella y él ya llevaban unos meses juntos, estaban en una cafetería decorada en madera, de esas elegantes que tanto le gustaban a ella. Isabella bebía café negro; Giulio, como ella lo llamaba, prefería el *macchiato*. Sentados en una mesa, junto a otra ventana, también se veía el cielo, ese día era más nuboso y ceniciento.

—En días como este apetece un café caliente en un refugio como este —había dicho Isabella mirándolo con sus ojos negros.

—Sí —contestó Giuliano mirando al exterior—, es como esas

noches que te despiertas, escuchas la lluvia golpear los cristales y escondes la cabeza debajo las sábanas volviéndote a dormir.

Los dos tomaron un trago de café, subió el olor amargo, humeante.

Unos segundos de silencio que ella rompió.

—Después de una revolución viene bien acogerse a un refugio para reflexionar y asimilar.

—Yo ya soy mayor para revoluciones —rio Giuliano.

—¡Venga, Giulio!, tú vives de pequeñas revoluciones —Isabella dibujaba una sonrisa.

—No lo había pensado pero puede ser que así sea —rio otra vez.

Ella también sonrió y después desvió la mirada hacia la ventana y dijo:

—Seguro que hubo gente que disfrutó del triunfo de la revolución en La Habana, tomando un ron en el mostrador de un bar colonial o jugando al dominó en un parque bajo la sombra de un drago o paseando por el malecón escuchando las olas romper sobre el muro de piedra, soñando con construir una sociedad nueva —una breve pausa para saborear el café—. Pero otros no tardaron en cansarse de saborear el ron y gestionar esa victoria, para volver a buscar la lucha en otro lugar.

—El Che Guevara por ejemplo..., no sabía que fueras comunista —rio Giuliano de nuevo.

—Ya sabes que no tengo ideología —expresó Isabella con un brillo cómplice en la mirada, cerrando los labios para poner un gesto serio después—. Tú eres del segundo tipo de gente, el día que no tengas un lugar donde luchar estarás muerto, Giulio.

—Espero que falte mucho para eso.

Isabella le cogió la mano con dulzura y la apretó suavemente.

—Falta toda una vida, Giulio, toda una vida...

Todavía queda algún rastro de la estela dejada por el avión. Giuliano vuelve la mirada a la mesa, apura el último trago de café y se levanta para volver con su compañero.